

Paisaje, control y resistencia: dispositivos, deriva y caminar en el territorio contemporáneo

Landscape, control and resistance: Devices, drift and walking in contemporary territory

Luis Miguel Gutiérrez Cuenca (artlmgc@gmail.com)
Programa de Doctorado en Historia y Arte: Cultura artística.
Facultad de Bellas Artes. Universidad de Granada.

Recibido: 18/02/2025 Aceptado: 24/03/25

Resumen

El artículo propone una relectura crítica del paisaje contemporáneo, abordando las tensiones entre control y resistencia en los entornos urbanos. A través de tres conceptos clave —el panóptico, la deriva y el caminar— se explora cómo el paisaje se construye cultural, política y afectivamente, no solo como un espacio natural, sino como un campo de poder y resistencia. Se examinan las teorías de Michel Foucault sobre el dispositivo panóptico, las prácticas de deriva de Guy Debord, y el caminar como acto subversivo, siguiendo la propuesta de Francesco Careri. A través de estos enfoques y otros autores, el artículo reflexiona sobre cómo las formas de resistencia cotidiana, como caminar y derivar, transforman la percepción y la experiencia del paisaje, desafiando las lógicas normativas del espacio urbano y proponiendo nuevas formas de apropiación e intervención del territorio.

Palabras clave: Paisaje, panóptico, deriva, caminar, control, resistencia, espacio urbano, subversión, poder, memoria.

Abstract

The article proposes a critical rereading of the contemporary landscape, addressing the tensions between control and resistance in urban environments. Through three key concepts —the panopticon, the *dérive*, and walking— it explores how the landscape is culturally, politically, and effectively constructed, not just as a natural space, but as a field of power and resistance. The theories of Michel Foucault on the panoptic device, Guy Debord's practices of *dérive*, and walking as a subversive act, following Francesco Careri's proposal, are examined. Through these approaches and other authors, the article reflects on how everyday forms of resistance, such as walking and *dériving*, transform the perception and experience of the landscape, challenging the normative logics of urban space and proposing new ways of appropriation and intervention in the territory.

Keywords: Landscape, panopticon, *dérive*, walking, control, resistance, urban space, subversion, power, memory.

Introducción

El paisaje contemporáneo no puede comprenderse únicamente como un escenario natural o como un telón de fondo visual que adorna la experiencia humana. Desde una perspectiva crítica, el paisaje constituye una construcción cultural, política y afectiva que condensa en su seno complejas relaciones de poder, memoria y sensibilidad. Como afirma Joan Nogué, el paisaje es «un producto cultural en el que se proyectan valores, ideologías y formas de vida» (NOGUÉ, 2007, p. 22), y por ello se convierte en un terreno de disputa entre fuerzas normativas y formas de re-apropiación. En este contexto, los dispositivos de control, la espectacularización del territorio y las lógicas extractivistas conviven y colisionan con prácticas de deriva, caminata y subversión cotidiana.

Este artículo se construye desde la tensión entre control y fuga, entre normatividad y experiencia. Se exploran aquí tres conceptos clave que permiten una lectura crítica del territorio: el panóptico como dis-

positivo de vigilancia y normalización; la deriva como práctica estética, política y espacial; y el caminar como forma de producción del espacio. A través de estos ejes se propone una relectura del paisaje como campo de conflicto, creación y posibilidad, en el que el cuerpo en movimiento actúa como agente de transformación.

La noción de dispositivo, central en el pensamiento de Michel Foucault, permite analizar el modo en que ciertas estructuras materiales e inmateriales organizan la vida social. En su acepción foucaultiana, el dispositivo no es solo una arquitectura de poder, sino una red de elementos discursivos y no discursivos que responden a una necesidad histórica, y que tienen como efecto el gobierno de los cuerpos y las conductas. Así, el panóptico, modelo arquitectónico ideado por Jeremy Bentham y reformulado teóricamente por Foucault en *Vigilar y castigar*, se convierte en una figura paradigmática de la vigilancia moderna: un sistema de visibilidad asimétrica que induce en el sujeto una auto-vigilancia constante. Como señala el autor, «la disposición panóptica da la fórmula de esta generalización» del control disciplinario (FOUCAULT, 2009, pp. 193-194).

No obstante, el paisaje no puede ser reducido a un mero producto del control. Frente a los dispositivos de orden, emergen prácticas espaciales que desbordan y desprograman la lógica dominante. La deriva, conceptualizada por Guy Debord dentro del movimiento situacionista, se presenta como un gesto de deambulación errante y lúdica por la ciudad o el paisaje, en el que se suspenden las finalidades utilitarias del recorrido urbano. Debord afirma que «el tránsito se desarrolla sin meta, dejando actuar los atractivos del terreno y las eventualidades del encuentro» (DEBORD, 2008, p. 79). Esta práctica crítica pretende desmontar la racionalidad funcionalista del urbanismo moderno y abrir el espacio a la experiencia sensible, subjetiva y poética.

En esta misma línea, Francesco Careri, arquitecto y teórico italiano, amplía la noción de caminar como acto estético y político. En su obra *El andar como práctica estética*, Careri sostiene que el acto de caminar ha sido históricamente una forma de construir, narrar y disputar el espacio. Desde los nómadas del Paleolítico hasta las prácticas contemporáneas del arte relacional, el caminar ha sido una manera de resistir la institucionalización del territorio

y de inscribir nuevas memorias en él. Como resume el autor: «el espacio se hace caminando» (CARERI, 2002, p. 45), lo que implica una crítica directa a las formas de representación y planificación espacial que excluyen la experiencia vivida del cuerpo.

La reflexión sobre el paisaje como campo de producción y apropiación también se nutre del pensamiento de Henri Lefebvre, quien en *La producción del espacio* introduce la noción de espacio como un producto social, construido a través de las relaciones entre prácticas, representaciones y experiencias. En palabras del autor, «la tríada percibido-concebido-vivido (que en términos espaciales puede expresarse como práctica del espacio-representaciones del espacio-espacios de representación)» permite comprender las tensiones entre la imposición del orden y las formas de habitar alternativas (LEFEBVRE, 2013, p. 98).

En paralelo, Michel de Certeau, en *La invención de lo cotidiano*, ofrece una mirada sobre las prácticas micro-políticas que surgen en el uso diario del espacio urbano. Su distinción entre estrategias —propias de los poderes institucionales— y tácticas —propias de los sujetos que actúan dentro del espacio impuesto— permite visibilizar cómo el caminar, al igual que otras prácticas cotidianas, puede convertirse en una forma de resistencia difusa. «Caminar por la ciudad —escribe De Certeau— es como enunciar una frase: cada paso es una palabra» (DE CERTEAU, 2000, p. 97).

En este marco teórico se inserta el presente trabajo, que busca articular las categorías de dispositivo, deriva y producción del espacio para analizar el paisaje no sólo como un objeto visual, sino como una construcción atravesada por relaciones de poder, tecnologías de control y experiencias de reapropiación estética. A través del análisis de estas tensiones, se propone una lectura del paisaje como escenario de conflicto y transformación, donde el cuerpo que camina, observa y habita se convierte en una figura central para desarticular las lógicas normativas del territorio contemporáneo.

A partir de este marco conceptual, el presente artículo se organiza en tres secciones que abordan respectivamente la función del dispositivo panóptico, las prácticas de deriva y el caminar como herramienta crítica de producción del espacio.

1. El paisaje como construcción cultural y política.

El paisaje como representación ideológica

El paisaje, entendido desde una perspectiva crítica, no es una entidad natural ni un decorado pasivo, sino una representación construida histórica y culturalmente que refleja relaciones de poder, estructuras sociales e imaginarios colectivos. Esta mirada se aleja de las concepciones tradicionales que asociaban el paisaje con lo pintoresco, lo sublime o lo bucólico, y lo sitúa como una herramienta ideológica que participa activamente en la producción simbólica del territorio.

Denis Cosgrove fue uno de los primeros teóricos en formular esta concepción del paisaje como «una forma de ver», es decir, como una construcción visual e intelectual que organiza el espacio conforme a una lógica determinada, propia de la modernidad occidental. Para Cosgrove, el paisaje no muestra simplemente el territorio: lo transforma en imagen, lo doméstica y lo estiliza, eliminando de la escena todo aquello que no encaje con la narrativa dominante del orden, la propiedad y el progreso. De este modo, la mirada paisajística configura un régimen escópico que invisibiliza los conflictos sociales, las memorias silenciadas y las desigualdades estructurales (COSGROVE, 1984, p. 13).

Esta “naturalización” del poder a través del paisaje ha sido ampliamente estudiada también por W. J. T. Mitchell, quien propone entender el paisaje como un medio ideológico y performativo, más que como un objeto estético o geográfico. Mitchell insiste en que el paisaje debe ser analizado como un acto de representación: «los paisajes son medios que naturalizan una cultura de clase, género y raza» (MITCHELL, 2002, p. 5), y que, por tanto, siempre responden a intereses específicos. Esta lectura desvela el papel activo del paisaje en la construcción de hegemonías culturales, legitimando narrativas nacionales, coloniales o extractivistas.

Teorías del paisaje: entre la geografía cultural y la crítica contemporánea.

Desde el ámbito de la geografía humanista y cultural, autores como Joan Nogué han contribuido a la consolidación de una visión del paisaje como fenómeno relacional y polisémico. En sus trabajos,

Nogué argumenta que el paisaje no es un mero reflejo del territorio, sino un espacio cargado de significados, memorias y afectos. Es una «categoría cultural compleja que une lo visible con lo simbólico, lo material con lo emocional» (NOGUÉ, 2007, p. 31). Esta concepción amplía el enfoque tradicional centrado en la percepción visual, e incorpora dimensiones como el recuerdo, la experiencia corporal o las formas de apropiación colectiva.

Por su parte, Kenneth R. Olwig ha cuestionado la reducción del paisaje a una imagen visual, subrayando su dimensión política y jurídica. Olwig propone una vuelta al significado original de la palabra «landscape» en lenguas germánicas, donde el término no hacía referencia a una vista, sino a una comunidad territorial regulada por leyes, derechos y obligaciones. En sus palabras, el paisaje puede entenderse como «un nexo de comunidad, justicia, naturaleza y equidad ambiental» (OLWIG, 1996, p. 631). Esta interpretación rescata el paisaje como un espacio de justicia, en disputa entre los usos sociales y los marcos normativos impuestos por el poder.

Asimismo, desde la antropología del espacio, Tim Ingold ha insistido en la necesidad de superar la concepción del paisaje como imagen para pensarlo como proceso y relación. Para Ingold, «el paisaje es el mundo tal como lo conocen quienes lo habitan, quienes viven en sus lugares y recorren los caminos que los conectan» (INGOLD, 1993, p. 153). El paisaje es, en este sentido, un espacio habitado, recorrido y vivido, más que representado. Esta idea conecta estrechamente con las prácticas contemporáneas de caminar, derivar y trazar, que se desarrollan en el presente artículo.

A partir de estas teorías, se puede afirmar que el paisaje constituye una interfaz donde confluyen discursos, cuerpos, técnicas, memorias e imaginarios. Su lectura crítica permite desmontar la apariencia de neutralidad y armonía que ha dominado la tradición paisajística —particularmente desde la pintura renacentista hasta la fotografía contemporánea— para revelar en su interior las marcas del poder, la violencia simbólica y las posibilidades de resistencia.

La espectacularización del territorio, intensificada por los procesos de gentrificación, turistificación y urbanismo neoliberal, es uno de los síntomas actuales de esta operación ideológica. El paisaje se convierte en mercancía, en «valor de cambio visual», como señala Guy

Debord en La sociedad del espectáculo, donde la imagen sustituye la experiencia directa y el territorio se reconfigura según las exigencias del capital (DEBORD, 2008, p. 34). En esta lógica, las experiencias de los habitantes reales quedan desplazadas por el consumo estético del espacio. Sin embargo, frente a esta tendencia, emergen prácticas artísticas, caminantes y micropolíticas que desprograman esta visibilidad hegemónica.

Se parte de una comprensión del paisaje como artefacto cultural atravesado por tensiones. En él se disputan sentidos, se inscriben memorias y se manifiestan fricciones entre el orden impuesto y las prácticas vividas. A través de la articulación de autores como Cosgrove, Mitchell, Nogué, Olwig e Ingold, se propone una lectura del paisaje no como fondo pasivo de la acción humana, sino como un territorio activo de confrontación estética, política y corporal.

2. El dispositivo de control: el panóptico y la vigilancia contemporánea

El concepto de dispositivo en Michel Foucault

El análisis del paisaje contemporáneo exige una comprensión crítica de los modos en que el poder opera sobre los cuerpos, las percepciones y los comportamientos. Para ello, el concepto de dispositivo (en francés, *dispositif*) resulta central. Michel Foucault introduce esta noción en una entrevista de 1977, titulada El juego de Michel Foucault, donde define el dispositivo como:

«un conjunto decididamente heterogéneo, que incluye discursos, instituciones, disposiciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales... En resumen, lo dicho y lo no dicho, lo visible y lo invisible»

(FOUCAULT, 1991, p. 298).

Esta definición revela la amplitud del término, que no remite a un objeto concreto, sino a un entramado de relaciones que actúan sobre los sujetos para gobernar sus conductas. Los dispositivos, en este sentido, son mecanismos que producen subjetividades normativas, organizan la experiencia y modelan los espacios habitables. El paisaje, por tanto, puede pensarse como un dispositivo que regula lo que

puede ser visto, recorrido o experimentado dentro de un régimen determinado de visibilidad y orden.

Foucault argumenta que estos dispositivos se insertan en lo que denomina una «microfísica del poder»: un poder que ya no se concentra solo en instituciones jerárquicas visibles (como el Estado o la Iglesia), sino que se difunde capilarmente a través de prácticas cotidianas, tecnologías del cuerpo y formas de saber. En esta lógica, la visibilidad se convierte en una técnica de control, y el paisaje pasa de ser un objeto de contemplación estética a un campo de regulación perceptiva y afectiva.

El panóptico: visibilidad y auto-vigilancia

Uno de los ejemplos más paradigmáticos de dispositivo es el panóptico, modelo arquitectónico propuesto por Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII, y reconfigurado teóricamente por Foucault en *Vigilar y castigar* (2009). Este modelo consiste en una torre central desde la cual un vigilante puede observar, sin ser visto, a todos los sujetos encerrados en celdas dispuestas en círculo. La innovación no reside solo en la arquitectura, sino en el efecto psicológico que genera: el sujeto interioriza la posibilidad constante de ser observado, y comienza a vigilarse a sí mismo.

Foucault interpreta el panóptico como la matriz de un nuevo tipo de poder: el poder disciplinario, que actúa no mediante la violencia física sino a través de la organización del espacio, el tiempo y el cuerpo. Según sus palabras:

«El principio del Panóptico es inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder»

(FOUCAULT, 2009, p. 206)

Esta idea es crucial para comprender cómo operan los dispositivos de control en el paisaje urbano contemporáneo. Ya no se trata de encierros físicos, sino de formas de auto-regulación difusa que atraviesan la vida cotidiana: cámaras de seguridad, urbanismo de control, recorridos normativos, señalética coercitiva, arquitectura hostil. Todo ello conforma una nueva cartografía del control que transforma el paisaje en un espacio vigilado y vigilante.

Autores como Gilles Deleuze han desarrollado esta noción en lo que denomina «sociedades de control», donde el modelo disciplinario panóptico se ve superado por mecanismos más fluidos, descentralizados y digitales. En palabras de Deleuze: «*ya no se encierra, se modula*» (DELEUZE, 1990, p. 7).

El paisaje deviene entonces interfaz, base de datos, mapa interactivo, pero también zona de captura, extracción y normalización.

Estas transformaciones afectan profundamente nuestra manera de habitar y experimentar el espacio. El paisaje, convertido en superficie de control, condiciona los movimientos, disuade lo imprevisible y reduce la experiencia sensible a una lógica de eficiencia y seguridad. Como ha señalado Stephen Graham, las infraestructuras contemporáneas —carreteras, redes eléctricas, sistemas de videovigilancia, arquitectura digital— conforman una «geografía del poder» que opera invisiblemente pero con gran eficacia sobre la vida social (GRAHAM, 2011, p. 6).

Frente a esta lógica, las prácticas de caminar, derivar o resistir al trazado normativo del espacio (que se abordarán en los siguientes apartados) emergen como formas de reapropiación estética y política del territorio. Entender el panóptico no solo como estructura carcelaria, sino como paradigma perceptivo contemporáneo, permite abrir nuevas formas de lectura crítica del paisaje, y reconocer en él no solo una geografía visible, sino una cartografía del poder.

3. La deriva situacionista y el espacio urbano como campo de juego

Deambular contra el orden: la ciudad como territorio crítico

Frente a los dispositivos de control que modelan el paisaje como una estructura funcional y vigilada, el movimiento situacionista —emergido en Europa a mediados del siglo XX— propuso una reestructura radical del espacio urbano a través de la práctica de la deriva. Esta consiste en una forma de deambulación lúdica y crítica por la ciudad, cuyo propósito es subvertir la organización racional del territorio mediante una experiencia sensible, aleatoria y desprogramada del recorrido.

Guy Debord, uno de los principales teóricos de la Internacional Situacionista, define la deriva (*dérive*) como:

«un modo de comportamiento experimental ligado a las condiciones de la sociedad urbana, caracterizado por el desplazamiento sin rumbo, abandonándose a los atractivos del terreno y a los encuentros que en él se producen» (DEBORD, 2008, p. 79).

La deriva implica, por tanto, una ruptura deliberada con la lógica utilitarista del espacio moderno: ya no se camina para llegar a un destino, sino para explorar los efectos afectivos, simbólicos y psicológicos del entorno. Este gesto introduce una dimensión psicogeográfica, es decir, una atención a las emociones, tensiones y atmósferas que los distintos espacios urbanos provocan en los sujetos. Para Debord, la ciudad no es solo un conjunto de calles y edificios, sino un campo de fuerzas que moldea comportamientos, deseos y afectos.

La psicogeografía, tal como fue formulada por los situacionistas, pone en crisis la cartografía tradicional y su pretensión de objetividad. En su lugar, propone la creación de mapas afectivos, subjetivos y fragmentarios que registran trayectorias, emociones y discontinuidades urbanas. Estos «mapas alternativos» permiten visualizar una ciudad no desde su estructura funcional, sino desde sus fisuras, anomalías y zonas de intensidad. En este sentido, la psicogeografía no solo deconstruye el urbanismo racionalista, sino que da lugar a un ejercicio de poética espacial.

Para los situacionistas, la deriva no era únicamente una práctica estética, sino también un gesto revolucionario. En un contexto dominado por la alienación capitalista y la colonización de la experiencia por la lógica del espectáculo —tal como denuncia Debord en *La sociedad del espectáculo*—, caminar sin finalidad se convierte en un acto de resistencia frente a la mercantilización del tiempo y del espacio. La ciudad deja de ser un espacio de consumo y productividad, para convertirse en un campo de juego (*terrain de jeu*), donde el sujeto puede reconfigurar activamente su relación con el entorno (DEBORD, 2008, p. 42).

Este carácter lúdico y transgresor de la deriva se conecta con una crítica radical al urbanismo moderno, especialmente el funcionalismo de Le Corbusier y sus seguidores, que buscaban organizar el espacio

según criterios de eficiencia, visibilidad y control. Los situacionistas denunciaban cómo esta lógica fragmentaba la experiencia urbana, anulaba la diversidad y reducía la ciudad a una secuencia de flujos programados. Frente a ello, proponían una reapropiación del espacio desde el deseo, el azar y la exploración.

En este marco, la figura del flâneur de Baudelaire, retomada por Walter Benjamin, es resignificada. Si el flâneur era un observador de la ciudad moderna, la deriva situacionista lo convierte en un agente de transformación, alguien que no solo observa, sino que reconfigura el espacio a través de su desplazamiento. Esta práctica, que combina el caminar con el juego, el arte y la crítica social, anticipa muchas de las intervenciones urbanas contemporáneas que buscan desactivar el orden impuesto del paisaje urbano.

Deriva y paisaje: hacia una lectura subversiva del territorio.

Aplicada al concepto de paisaje, la deriva introduce una mirada que se aparta de la contemplación distanciada y propone una relación corporal, afectiva y crítica con el territorio. En lugar de representar el paisaje como una imagen fija, la deriva lo vive como una experiencia dinámica y multisensorial. El paisaje, lejos de ser un escenario, se convierte en un campo de acción donde el cuerpo que camina produce sentido a través de su interacción con el entorno.

Este enfoque ha influido notablemente en el arte contemporáneo, especialmente en prácticas de arte caminante, intervenciones urbanas y proyectos de mapeo alternativo. Muchas de estas experiencias se nutren del legado situacionista para cuestionar las formas normativas de percepción del espacio y activar nuevas formas de relación con el paisaje. Como veremos en el siguiente apartado, autores como Francesco Careri han heredado esta tradición y la han reformulado desde la arquitectura, el arte y la política del caminar.

La deriva, en este sentido, no solo es una técnica de subversión espacial, sino también una forma de resistencia subjetiva frente a los modos de control contemporáneos que, como se vio en el apartado anterior, actúan a través de la regulación de los flujos, la visibilidad y el comportamiento. Deambular por el paisaje sin finalidad determinada constituye una táctica que desactiva las lógicas utilitarias del territorio: el cuerpo, al moverse sin obedecer al trazado impuesto,

inaugura nuevos usos, nuevos sentidos, nuevas narrativas.

Este tipo de desplazamiento se convierte así en una forma de conocimiento no disciplinado, una especie de cartografía afectiva que rehace el paisaje desde lo vivido. Frente al mapa objetivo, la deriva ofrece una experiencia encarnada del espacio. En esa experiencia, la arquitectura, la infraestructura, los objetos urbanos o los vacíos se transforman en elementos activos del relato espacial, que ya no responde a un plan urbanístico, sino a una narración fragmentaria y contingente.

Estas prácticas abren la posibilidad de pensar el paisaje como una superficie abierta a la improvisación, la poética y la crítica. Tal como señala Rebecca Solnit, *«el ritmo de caminar genera una especie de ritmo del pensamiento, y el paso a través de un paisaje hace eco o estimula el paso a través de una serie de pensamientos. [...] Un aspecto de la historia del caminar es la historia del pensamiento hecho concreto —porque los movimientos de la mente no pueden rastrearse, pero los de los pies sí»* (SOLNIT, 2001, p. 12).

El arte contemporáneo ha encontrado en la deriva un recurso para activar procesos de descolonización del espacio. Proyectos de walking art, mapeo afectivo, dérives colectivas y exploraciones urbanas han hecho de la caminata una herramienta política y estética. El acto de caminar, en estos casos, no busca representar el paisaje, sino intervenirlo, habitarlo de otro modo, desplegarlo como archivo sensible y como campo de resistencia frente a las narrativas dominantes.

Estas experiencias se inscriben en una genealogía que parte de los situacionistas, pero que se proyecta hacia prácticas que desafían los límites entre arte, activismo y urbanismo. La deriva, como práctica abierta, ha sido reapropiada por colectivos de arquitectos, artistas y geógrafos que entienden el territorio no como un dato, sino como un proceso en disputa.

Este tránsito —del flâneur al sujeto caminante, del mapa técnico al recorrido afectivo, del espacio normado a la experiencia desbordante— marca una inflexión fundamental en la lectura del paisaje. A través del caminar, se reconfigura no solo la percepción del territorio, sino también la posibilidad de imaginar otras formas de estar en el mundo, de narrar lo común, de ocupar el espacio desde una política

de la proximidad y de la presencia encarnada.

Esta lógica nos conduce directamente al pensamiento de Francesco Careri, quien reformula la caminata como una práctica estética y política de construcción del espacio, retomando los legados de la deriva situacionista y proponiendo una metodología concreta para habitar el paisaje de forma crítica. Su aporte será desarrollado en el siguiente apartado.

4. El caminar como práctica estética y política

Del desplazamiento errante a la producción del espacio

La figura del sujeto que camina ha cobrado una renovada importancia en el pensamiento contemporáneo sobre el espacio y el paisaje. Si en la deriva situacionista el caminar aparecía como un gesto de ruptura frente al orden urbano, en el pensamiento de Francesco Careri se consolida como una práctica estética, arquitectónica y política que transforma radicalmente la relación entre el cuerpo y el territorio. En su obra *Walkscapes. El andar como práctica estética* (2002/2016), Careri sostiene que el caminar ha sido históricamente un acto fundacional del espacio, desde las rutas nómadas hasta las estrategias del arte contemporáneo.

Careri traza una genealogía que parte de las primeras comunidades nómadas, pasa por los ritos de peregrinación, las caminatas surrealistas, las derivas situacionistas y llega a las experiencias artísticas de los siglos XX y XXI. En todos estos casos, el caminar no es simplemente un medio de transporte, sino un modo de conocimiento, una forma de inscripción en el territorio, un gesto performativo que produce espacio a través de la experiencia del cuerpo. Tal como afirma el autor:

«El espacio se hace caminando. La arquitectura comienza cuando el hombre deja una traza en el territorio»

(CARERI, 2016, p. 45).

Este principio cuestiona la noción tradicional de arquitectura como objeto construido, estático y visual. Frente a ello, propone entender la arquitectura —y por extensión, el paisaje— como un proceso dinámico, temporal y relacional, donde el cuerpo es tanto receptor como productor de significado. En este marco, el paisaje deja de ser algo

que se representa desde fuera y se convierte en algo que se construye desde dentro, a través del movimiento, el ritmo, la mirada y la afectividad.

Caminar como resistencia: micropolíticas del espacio

La propuesta de Careri se sitúa en la confluencia entre arte, arquitectura, urbanismo y acción política. Caminar es, para él, una forma de resistencia frente a la normatividad del espacio urbano, una herramienta para recuperar lo que ha sido olvidado, marginado o invisibilizado por las lógicas dominantes del diseño territorial. Esto es especialmente evidente en los márgenes: descampados, ruinas, infraestructuras abandonadas, espacios intersticiales. Lugares que, en la lógica del urbanismo funcional, son considerados residuos, pero que en la caminata se resignifican como espacios de posibilidad.

En este sentido, Careri incorpora y amplía la noción de “tercer paisaje” propuesta por Gilles Clément, donde los espacios sin función definida —franjas, bordes, lugares en transición— adquieren un valor simbólico y ecológico (CLÉMENT, 2007). Caminar por estos espacios no planificados es un acto de reapropiación poética y crítica: se trata de leer el territorio desde sus heridas, sus silencios, sus capas ocultas.

Caminar se convierte así en una micropolítica del espacio: una forma de producir contra-cartografías, narrativas alternativas y modos de habitar que desbordan la representación oficial del paisaje. El cuerpo que camina no solo atraviesa el espacio, sino que lo transforma al inscribir en él su ritmo, su memoria y su afecto. Esta dimensión encarnada del territorio desafía la mirada abstracta del urbanismo técnico y abre un campo para la experimentación estética y social.

Arte, pedagogía y deriva: Stalker/Osservatorio Nomade

Careri no sólo teoriza el caminar: también lo practica desde el colectivo Stalker/Osservatorio Nomade, una plataforma interdisciplinar que investiga y activa los márgenes urbanos mediante caminatas colectivas, acciones situadas y cartografías críticas. Desde mediados de los años noventa, este colectivo ha realizado múltiples proyectos en zonas periféricas de Roma y otras ciudades europeas, con el objetivo de repensar la ciudad desde lo excluido, lo residual, lo informal.

Estas experiencias se articulan como performances territoriales, donde la acción de caminar deviene herramienta de lectura, escucha y creación. En lugar de representar el paisaje desde fuera, los participantes lo recorren, lo habitan, lo interrogan desde dentro. Así, la caminata se convierte en un dispositivo de producción estética, conocimiento situado y empoderamiento colectivo.

Desde el punto de vista pedagógico, Careri también ha desarrollado en la Universidad Roma Tre un enfoque de enseñanza basado en el caminar como método, que rompe con las dinámicas tradicionales de aula y propone una relación directa entre el aprendizaje, el cuerpo y el espacio. Este enfoque transforma la educación artística y arquitectónica en una experiencia situada, colaborativa y crítica.

La potencia del caminar, tal como la articula Francesco Careri, reside en su condición liminar: no pertenece exclusivamente al arte, ni a la arquitectura, ni a la política, pero participa activamente de todas ellas. Esta ambigüedad le otorga una capacidad transversal que lo convierte en una práctica crítica y transformadora del espacio. Caminar se convierte así en una herramienta de creación y pensamiento, una forma de relación con el paisaje que no responde a una lógica de control o representación, sino a una dinámica poética, afectiva y situada.

Frente a las formas hegemónicas de urbanismo que planifican el territorio desde la distancia, el caminar propone una lectura encarnada del espacio, donde el cuerpo se convierte en instrumento de conocimiento. Este conocimiento no es abstracto ni cuantificable, sino que surge de la observación, del ritmo, del cansancio, del silencio y del encuentro. Como afirma Careri:

«El caminar es un acto fundacional de la arquitectura, una forma de construir sin construir, de transformar el espacio sin levantar muros» (CARERI, 2016, p. 53).

En esta línea, el teórico británico Phil Smith ha desarrollado el concepto de *walking as performance*, en el que caminar se presenta como una práctica narrativa y reflexiva, capaz de generar nuevas formas de conciencia espacial. Según Smith, la caminata performativa produce un desplazamiento no solo físico, sino también cognitivo, ya que permite «interrumpir los automatismos de la percepción y generar aperturas hacia lo inesperado» (SMITH, 2015, p. 104).

Desde esta perspectiva, el paisaje ya no es un fondo estable o un decorado visual, sino un campo activo de relaciones, un palimpsesto de memorias, huellas, deseos y tensiones. Caminar permite activar ese campo desde lo cotidiano, lo fragmentario y lo relacional. La caminata se convierte en una estrategia de lectura crítica del territorio, que no solo registra lo que hay, sino que visibiliza lo que fue borrado, desplazado o marginalizado por las lógicas normativas.

Este enfoque también encuentra resonancia en las nociones de “tercer paisaje” de Gilles Clément (2007), quien reivindica los espacios residuales —bordes, descampados, márgenes urbanos— como zonas de libertad ecológica y simbólica. Caminar por estos territorios implica una forma de resistencia al diseño excluyente del espacio público, una posibilidad de imaginar otras formas de relación con lo no planificado, con lo que no responde a una función asignada.

Asimismo, en el marco pedagógico y artístico, el caminar ha sido adoptado como una herramienta metodológica capaz de generar procesos de investigación-creación. Careri ha desarrollado en la Universidad Roma Tre experiencias docentes donde la caminata se convierte en eje de proyectos de exploración urbana, análisis de paisajes invisibilizados y activación de memorias territoriales. Este uso del caminar como forma de aprendizaje crítico, que combina observación, acción y reflexión, transforma el paisaje en un espacio pedagógico expandido, donde se cruzan arte, arquitectura y antropología.

Caminar, por tanto, no es un acto inocente. Es una forma de reclamar presencia, de inscribir el cuerpo en el territorio, de cuestionar las narrativas dominantes. Como sugiere Ingrid Halland, el diseño especulativo —y por extensión las prácticas caminantes críticas— actúan como formas micropolíticas capaces de desautomatizar la mirada y permitir nuevas formas de reapropiación del espacio común (HALLAND, 2019, p. 40).

Esta dimensión crítica, poética y política del caminar permite reinterpretar el paisaje como un espacio en disputa, donde las subjetividades se enfrentan a los dispositivos de control a través de prácticas cotidianas de resistencia. En el siguiente apartado, esta idea será ampliada mediante los aportes de Henri Lefebvre y Michel de Certeau, quienes permiten conceptualizar el espacio vivido como campo de fricción entre estrategias institucionales y tácticas populares.

5. Espacio vivido y micropolíticas cotidianas Henri Lefebvre y la producción del espacio

En su obra fundamental *La producción del espacio (1974/2013)*, Henri Lefebvre propone una crítica radical a la noción de espacio como entidad neutra o contenedor pasivo de las actividades humanas. Para Lefebvre, el espacio es una producción social, configurada a través de las relaciones de poder, las prácticas económicas y las formas de vida. Esta visión rompe con la tradición positivista que considera el espacio como un «dato» natural, y lo define, en cambio, como un campo de fuerzas en disputa.

Lefebvre articula su teoría del espacio en torno a una triada conceptual compuesta por: el espacio percibido (las prácticas espaciales cotidianas), el espacio concebido (las representaciones planificadas del espacio, como mapas, planos urbanísticos o discursos técnicos), y el espacio vivido (la experiencia simbólica y afectiva del espacio por parte de los sujetos).

Esta triada revela que el espacio no es homogéneo ni estable, sino un lugar de tensión entre la imposición institucional y la apropiación subjetiva. Según Lefebvre, «el espacio es un producto, literalmente hablado y hablado de nuevo, construido y reconstruido en y por la actividad social» (LEFEBVRE, 2013, p. 38). En este sentido, el paisaje, como forma espacial particular, también es producido, apropiado y resignificado por quienes lo habitan, lo atraviesan o lo resisten.

Aplicado al contexto contemporáneo, este marco permite leer el paisaje no solo como representación ideológica (como veíamos con Cosgrove y Mitchell), sino también como campo de experiencia encarnada, donde los cuerpos negocian, rehacen y contestan la organización impuesta del territorio. El caminar, la deriva y las prácticas espaciales disidentes se insertan en ese espacio vivido como formas de reapropiación crítica, a menudo invisibilizadas por el urbanismo dominante.

Michel de Certeau: tácticas cotidianas en el espacio normativo.

Complementario al pensamiento de Lefebvre, Michel de Certeau, en *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer (1980/2000)*, propone una distinción entre estrategias y tácticas para comprender cómo los sujetos se enfrentan a las estructuras que organizan la vida cotidiana. Las estrategias son propias de las instituciones, los

poderes normativos y las configuraciones técnicas del espacio. Las tácticas, en cambio, son formas de acción improvisadas, móviles y situadas, empleadas por quienes no tienen un lugar propio en el sistema pero lo habitan desde dentro.

Para De Certeau, caminar por la ciudad no es una simple ejecución del trazado urbano, sino una práctica de significación. El sujeto que camina no repite simplemente el plano impuesto por el urbanismo, sino que crea una lógica propia a través de desvíos, pausas, rodeos, improvisaciones. Como señala: «*Las variedades de pasos son hechuras de espacios. Tejen los lugares. [...] Las motricidades peatonales forman uno de estos 'sistemas reales cuya existencia hace efectivamente la ciudad', pero que 'carecen de receptáculo físico'*» (DE CERTEAU, 2000, p. 108).

Cada paso es como una palabra que compone un texto urbano alternativo, fugaz pero significativo. Así, el paisaje deja de ser una estructura fija y se convierte en un discurso polifónico, en constante reescritura.

Estas tácticas no pretenden derrocar el sistema desde fuera, sino erosionarlo desde dentro, habitando las fisuras del espacio normativo con gestos mínimos, poéticos, muchas veces imperceptibles. En este sentido, las caminatas, las derivas, los recorridos afectivos o los usos no previstos del espacio son prácticas tácticas que reconfiguran el paisaje desde lo común, lo corporal y lo no planificado.

De Certeau recupera así la potencia transformadora de lo cotidiano, no como rutina, sino como campo de invención y creatividad. El paisaje cotidiano, cargado de prácticas aparentemente triviales, se revela como un territorio político, donde la subjetividad se enfrenta a las estructuras del poder no mediante la confrontación frontal, sino mediante la imaginación, la poética del desvío y la inteligencia del cuerpo.

Una lectura cruzada del paisaje

La lectura conjunta de Lefebvre y De Certeau permite comprender el paisaje contemporáneo como un espacio de conflicto entre el diseño estratégico y la experiencia vivida, entre el orden representado

y las prácticas que lo atraviesan. Caminar, como hemos venido desarrollando, no es solo un gesto físico, sino una acción política que introduce interrupciones, fisuras y relatos alternativos en el tejido del territorio.

Estas prácticas —leves pero insistentes— ponen en crisis la lógica visual dominante del paisaje y abren la posibilidad de construir una espacialidad más plural, afectiva y crítica. El cuerpo que camina, que deriva, que habita los márgenes, inscribe en el paisaje una narrativa que desborda los lenguajes del control y reescribe el territorio desde una experiencia situada.

Este enfoque, que combina la teoría crítica del espacio con prácticas sensibles y poéticas, sienta las bases para una nueva mirada sobre el paisaje: no como objeto acabado, sino como proceso en disputa, abierto a múltiples apropiaciones. En este marco, caminar se confirma como una forma de producción de espacio vivencial y como un acto de resistencia simbólica frente al dominio estratégico de la organización territorial contemporánea.

Conclusiones

Una de las ideas centrales de este trabajo —y que se va perfilando a medida que se entrecruzan las nociones de dispositivo, deriva y caminar— es que el paisaje no puede seguir siendo entendido como un fondo neutro, meramente decorativo o natural. En cambio, parece emerger la posibilidad de pensar el paisaje como un entramado complejo, donde se disputan sentidos, memorias y formas de estar en el espacio. Lejos de tratarse de una entidad dada, el paisaje puede concebirse como un campo de fuerzas en tensión, donde las estructuras de control coexisten, y a veces colisionan, con prácticas sensibles, afectivas y críticas.

Autores como Cosgrove (1984, p. 13) y Mitchell (2002, p. 5) han mostrado que el paisaje nunca es una simple representación del territorio, sino una operación cultural que selecciona lo visible, organiza lo narrable y distribuye silencios. En este sentido, el paisaje no solo refleja una realidad, sino que contribuye activamente a producirla. Su capacidad de ordenar la mirada no solo actúa sobre la percepción, sino también sobre los modos de habitar. Desde la perspectiva de Foucault (1991, p. 298), esta dimensión organizativa del paisaje se

inscribe en una red de dispositivos más amplia, donde el espacio es una forma de gobierno: de los cuerpos, de los tiempos, de los gestos.

Aunque la estructura del paisaje esté mediada por lógicas normativas, no está completamente cerrada. Un aspecto importante que emerge de esta reflexión es que el paisaje también puede ser un lugar de fisura, de reapropiación, de interrupción del sentido. Nogué (2007, p. 22 y p. 31) señala que el paisaje está cargado de afectos, y que esos afectos, aunque puedan ser instrumentalizados, también abren espacio a la memoria, a lo no planificado, a lo no dicho.

Por lo tanto, resulta pertinente dejar de pensar el paisaje solo como lo que se ve —o lo que se permite ver—, y comenzar a atender a lo que en él se activa, se interrumpe o se fuga. El verdadero interés del paisaje podría residir en esa condición ambigua: entre imagen y experiencia, entre norma y deseo, entre lo diseñado y lo vivido. No se trata de oponer el control a la libertad, sino de observar cómo ambas dimensiones coexisten y cómo, en esa coexistencia, se generan formas de habitar que pueden no ser previsibles ni programadas.

El paisaje se abre así como un espacio de posibilidad más que de certeza. Lo más relevante no es definir lo que el paisaje es, sino mantener la pregunta abierta sobre lo que puede llegar a ser, cuando el cuerpo, la memoria y el deseo se inscriben en él de formas que escapan al diseño. En esa apertura, se vislumbra un potencial: el de reimaginar el paisaje no como un producto cerrado, sino como un proceso vivo, plural y situado.

Una intuición importante que se desprende de este trabajo es que el acto de caminar, algo tan cotidiano y aparentemente simple, puede transformarse en una herramienta de intervención estética y política sobre el paisaje. Lejos de entender el caminar como mera forma de desplazamiento, debería considerarse —como han propuesto ciertos artistas, arquitectos y pensadores— como una forma de conocimiento encarnado, un gesto que produce espacio y, a la vez, lo problematiza.

La *dérive* situacionista, tal como fue esbozada por Debord (2003, p. 34), ofrecía ya una vía de escape frente al orden programado de la ciudad moderna. Se trataba, más que de recorrer, de dejarse afectar por los ritmos, los flujos y las intensidades invisibles del entorno. Esa sensibilidad sin propósito productivo, en esa deriva que se deja llevar

por lo inesperado, resalta una forma de resistencia que no necesita anunciarse como tal, pero que activa otra relación con el territorio: más abierta, más vulnerable, más dispuesta a escuchar.

Careri (2002, p. 45), por su parte, ha recuperado y ampliado esta dimensión del caminar, proponiéndolo como una práctica estética que transforma la arquitectura, no desde la construcción, sino desde la acción. Caminar como modo de intervenir en el paisaje sin alterarlo físicamente, pero alterando su sentido. Caminar como gesto que traza, que activa, que inaugura relaciones. Careri no propone una metodología cerrada, sino una disposición: una manera de mirar, de tocar con los pies, de leer lo que el diseño urbano o rural tiende a invisibilizar.

Lo interesante no es solo la caminata en sí, sino el tiempo que propone: un tiempo no funcional, no acelerado, que entra en fricción con la lógica de productividad y control. Ese tiempo, al desajustar el ritmo esperado del espacio, puede abrir una grieta en la superficie del paisaje. Y en esa grieta, se filtra una memoria, una emoción, una narración distinta de lo comúnmente establecido.

Al caminar, no solo se produce un desplazamiento físico, sino también un desplazamiento del sentido. Lo que era paisaje de paso se convierte en espacio de lectura; lo que era residuo urbano se resignifica como campo de observación; lo que parecía vacío se llena de posibles. En este sentido, el caminar podría entenderse como una forma de arte menor, una escritura débil, una poética del gesto que, sin necesidad de monumentalidad, reinscribe subjetividad en el territorio.

Es en estas prácticas silenciosas —sin gran aparato discursivo— donde el paisaje encuentra otra forma de ser habitado. No como producto acabado, sino como proceso inestable, frágil, lleno de zonas que aún no han sido nombradas. Caminar no sería entonces solo recorrer, sino también invocar otras formas de ver, de narrar y de estar, allí donde parecía que todo estaba ya dicho.

En última instancia, estas formas de intervención, como la deriva o el caminar, desafían las lógicas de control que estructuran nuestros entornos. Nos invitan a reconsiderar el paisaje no sólo como un espacio controlado y organizado, sino como un lugar de potencialidad abierta, donde la resistencia a la normativización se vuelve una he-

ramienta para la reconfiguración de los sentidos, la memoria y la experiencia en el territorio. Al deshacer los códigos establecidos y abrir grietas en las superficies del paisaje, se nos ofrece la posibilidad de imaginar un espacio donde el control y la libertad puedan coexistir, pero siempre en un proceso dinámico y en constante redefinición.

Bibliografía

CARERI, Francesco (2002). *El andar como práctica estética*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili. Citado en: Sección “El caminar como práctica estética y política”, “Careri (2002, p. 45)”.

CLÉMENT, Gilles (2007). *Manifiesto del tercer paisaje*. París: Éditions de Seuil. Citado en: Sección “El caminar como práctica estética y política”, “Clément (2007)”.

COSGROVE, Denis (1984). *Social Formation and Symbolic Landscape*. Madison: The University of Wisconsin Press. Citado en: Sección “El paisaje como representación ideológica”, “Cosgrove (1984, p. 13)”.

DEBORD, Guy (2008). *La sociedad del espectáculo* (1ª ed. en español, 1977). Valencia: Pre-Textos. Citado en: Sección “La deriva situacionista y el espacio urbano como campo de juego”, “Debord (2008, p. 79)”, “Debord (2008, p. 34)”.

DE CERTEAU, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana. Citado en: Sección “Espacio vivido y micropolíticas cotidianas”, “De Certeau (2000, p. 97)”, “De Certeau (2000, p. 108)”.

FOUCAULT, Michel (2009). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI Editores. Citado en: Sección “El dispositivo de control: el panóptico y la vigilancia contemporánea”, “Foucault (2009, p. 193-194)”, “Foucault (2009, p. 206)”.

FOUCAULT, Michel (1991). Michel Foucault. *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (ed. Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow). Madrid: Ediciones La Piqueta. Citado en: Sección “El dispositivo de control: el panóptico y la vigilancia contemporánea”, “Foucault (1991, p. 298)”.

GRAHAM, Stephen (2011). *Ciudades bajo vigilancia. La militarización del espacio urbano*. Madrid: Traficantes de Sueños. Citado en: Sección “El dispositivo de control: el panóptico y la vigilancia contemporánea”, “Graham (2011, p. 6)”. Ingold, Tim (1993). *The Temporality of the Landscape*. *World Archaeology*, 25(2), 152-174. Citado en: Sección “Teorías del paisaje: entre la geografía cultural y la crítica contemporánea”, “Ingold (1993, p. 153)”.

LEFEBVRE, Henri (2013). *La producción del espacio* (3ª ed.). Madrid: Ediciones Akal. Citado en: Sección “Espacio vivido y micropolíticas cotidianas”, “Lefebvre (2013, p. 98)”.

MITCHELL, W. J. T. (2002). *Landscape and Power*. Chicago: University of Chicago Press. Citado en: Sección “El paisaje como representación ideológica”, “Mitchell (2002, p. 5)”.

NOGUÉ, Joan (2007). *El retorno al paisaje*. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 49(1), 21-39. Citado en: Sección “El paisaje como construcción cultural y política”, “Nogué (2007, p. 22 y p. 31)”.

OLWIG, Kenneth R. (1996). *Recovering the Substantive Nature of Landscape*. *Annals of the Association of American Geographers*, 86(4), 630-653. Citado en: Sección “Teorías del paisaje: entre la geografía cultural y la crítica contemporánea”, “Olwig (1996, p. 631)”.

SMITH, Phil (2015). *Walking as Performance: Exploring the Body, the Landscape, and Art*. New York: Routledge. Citado en: Sección “El caminar como práctica estética y política”, “Smith (2015, p. 104)”.

SOLNIT, Rebecca (2001). *Wanderlust: A History of Walking*. Berkeley: University of California Press. Citado en: Sección “La deriva situacionista y el espacio urbano como campo de juego”, “Solnit (2001, p. 12)”.